

María Zambrano, filósofa de la Aurora*

Los párrafos que componen *De la Aurora* fueron escritos entre los años 60 y 80, en el período que María Zambrano pasó en La Pièce, en el Jura francés de Suiza. Años felices hasta la muerte de su hermana Araceli, con la que compartía una pequeña casa en el lindero del bosque; tristes después, y atormentados por la sucesión de enfermedades, hasta el momento, tan esperado, del retorno a España, en 1984.

En La Pièce María Zambrano vivía una vida solitaria, en estrecha relación con la naturaleza; y escribía. Escribía incesantemente, como siempre había hecho en el trayecto de toda su vida, en el transcurso de acontecimientos a menudo dramáticos y tumultuosos, como si la vida misma solicitase la escritura: “la vida -declaraba- necesita la palabra, la palabra que sea su espejo, la palabra que la aclare, la palabra que la potencie, que la eleve y que declare al par su fracaso”¹.

Sólo tras su regreso a España los escritos de esos años fueron recogidos y publicados - casi a su pesar- en forma de libro, gracias entre otras cosas a la ayuda de un grupo de amigos y jóvenes colaboradores que María Zambrano, ya casi ciega, atrajo a su lado en un incansable

trabajo de revisión y de composición. Así aparecieron *Los bienaventurados*, *Notas de un método* y *De la Aurora*².

De la Aurora es un texto extraordinario, desorbitado para la lógica y los esquemas del discurso filosófico, y que, sin embargo, recorre los temas del trabajo filosófico de María Zambrano: se presenta en una trama poética en la que se anudan, reconocibles aunque transfiguradas, las preguntas, las reflexiones, las investigaciones que habían ocupado la escritura de toda una vida. Casi podríamos considerarlo un compendio, si fuese posible concebir el compendio de una producción filosófica que escapa totalmente a las características de la “obra” y que se compone de una constelación de escritos heterogéneos, a menudo considerados menores u ocasionales: ensayos, memorias, piezas teatrales, prólogos, artículos, notas.

La búsqueda de una modalidad diferente de razón, constantemente perseguida desde sus escritos de juventud, alcanza en este texto una expresión madura, conseguida, como si la filosofía poética encontrase aquí su plena realización. De aquí que se disuelvan también los últimos esquemas de la estructura argumentativa, presentes en otros textos formando el esqueleto, si bien frágil, de la escritura.

* Este texto es el epílogo a la traducción italiana de *De la Aurora* realizada también por Elena Laurenzi en ed. Marietti, 2000.

¹ María Zambrano, “A modo de autobiografía” (1987) en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, nº 70-71, 1987, p. 69.

² María Zambrano, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990; *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989; *De la Aurora*, Madrid, Turner, 1986.

³ “Cerca de mi casa, en Madrid, se oía llamarse y responderse a los centinelas: ‘Centinela alerta’, ‘Alerta está’. Y así yo no quería dormir, porque quería ser un centinela de la noche, y creo sea el origen de mi insomnio perpetuo ser centinela”, María Zambrano, “A modo de autobiografía”, ed. cit., p. 126.

No se trata, sin embargo, de un volumen de fragmentos. Cada una de las partes que lo componen es completa, como el trozo de una partitura musical. Y cada una de ellas parece ocupar exactamente el lugar de una nota a la que sigue el alba. De hecho, son por lo general escritos nocturnos, redactados en las noches que María Zambrano -desde niña- pasaba insomne y dedicaba a la escritura, a la espera del alba³. Los manuscritos dan testimonio de esta circunstancia de su composición: anotan la hora, el lugar, con frecuencia la luz que los ha visto nacer⁴.

Gran parte de estos textos, antes de ser publicados en forma de libro, aparecieron en la prensa y, en particular, en algunas revistas y diarios españoles que, a finales de los años 70, tímidamente empezaban a acoger la voz de los intelectuales exiliados. Este libro lleva, pues, en sí mismo, en una tensión “auroral” vivísima, la experiencia de la contemplación y del recogimiento nocturno y esa vocación a la presencia en el mundo, a una escritura comprometida con “las circunstancias”, que María Zambrano había acogido del “periodismo filosófico” de su maestro, Ortega y Gasset⁵.

La Aurora, experiencia de vida

Desde su inicio, este libro “sin argumento” se presenta como el fruto de una revelación: expresión de una experiencia vivida -una “vivencia”⁶- porque “toda la experiencia tiene

algo de revelación por muy en la relatividad de lo humano que se dé”⁷.

La atención de quien lee se ve por esto inevitablemente dirigida del texto a la vida, porque más que como un tema, como un “argumento”, la Aurora se presenta como una experiencia viva, activa, operante, que sostiene e informa la escritura. Una experiencia palpitante que, antes de dar origen a este libro, recorre -como secreta inspiración, o como anhelo, o, en fin, como visión- toda la vasta y variada producción de escritos de María Zambrano.

Después tengo -declaraba en una entrevista de 1987-, entre tantos inéditos, *La aurora*, dedicado a mi madre, y cuando a veces tengo que releer algún capítulo, algún escrito, aparece la aurora al final y es que, es verdad, al final, en todo lo que he vivido aparece la aurora. Se diría que me gusta la noche porque es el prólogo de la aurora⁸.

En los textos de María Zambrano, donde pensamiento y vida se trenzan inseparablemente, la Aurora representa el hilo de una “ineludible vocación”, el signo de la coherencia de un trayecto filosófico y biográfico que se impone más allá de toda decisión: “aquello que aun queriendo no he podido dejar de ser”.

Es la presencia recurrente de la Aurora la que ilumina este trayecto, que María Zambrano definía como “un sendero órfico-pitagórico”: “nadie -escribía- entra en la vida sin pasar

⁴ Los manuscritos y los inéditos de María Zambrano se conservan en la Fundación María Zambrano, en Vélez Málaga (España).

⁵ Sobre la relación de María Zambrano con su “maestro” véanse los ensayos que la autora dedicó a Ortega: “Don José” en *Insula*, nº 119, 15 de noviembre de 1955; “La filosofía de de Ortega y Gasset” en *Ciclón*, vol. 2, nº 1, La Habana, 1956; “Un frustrado pliego de cordel” en *Papeles de Son Armadans*, t. XXX, nº 89, 1963; “Ortega y Gasset, filósofo español” en *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 1956; “Ortega y Gasset e la ragione vitale” en *Settanta*, anno II, Roma, 1971.

⁶ La palabra *vivencia* expresa en español la experiencia de la vida, o con más precisión la vida como experiencia de sí misma. En alemán el mismo concepto se expresa con la palabra *Erlebnis*. El italiano, sin embargo, carece de una traducción adecuada: hemos de recurrir a circunlocuciones o usar la palabra *vissuto* que, como ha escrito Jorge Semprún, es “una palabra pálida y débil”, porque es pasiva y se dirige al pasado, “mientras la experiencia de la vida, la que la vida hace de sí misma, en el momento en que la vive, es activa. Y está por naturaleza en el presente; es decir, se nutre del pasado para proyectarse al futuro”, J. Semprún, *L'écriture ou la vie*, Paris, Gallimard, 1994.

⁷ María Zambrano, “La experiencia de la historia (después de entonces)” (1977) en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1986, p. 23 y en *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, p. 86.

⁸ María Zambrano, “A modo de autobiografía”, ed. cit., p. 71.

una noche oscura (...) sin haber habitado alguna sepultura”⁹.

La República española, cuya suerte compartió hasta sus últimos y dramáticos desarrollos, representó para ella, y para la generación de españoles que participó en ella, “una Aurora nueva, como el resurgir de una España niña”¹⁰. Una Aurora que “fue ahogada en sangre, en su propia sangre destinada a la vida. Y sepultada más viva todavía, como un germen. Una razón germinativa, germinante en lo escondido de la historia, en su centro vivo”. Después vino el exilio, “Aurora interrumpida”¹¹, viaje iniciático a los infiernos, a las “vísceras (entrañas) de la historia”. Un exilio al que María Zambrano permaneció fiel, rechazando la “seducción de una nueva patria” y adhiriéndose a su condición de total desnudez, de expropiación, porque advertía en ello una capacidad de transfiguración, “el incipit de una vida nueva”¹². El exilio representó para ella una “hora trágica y auroral” en la que “las sombras de la noche dejan entrever su sentido y las figuras inciertas empiezan a desvelarse”¹³. Por esto, en la década que siguió a la expatriación rechazó más de una vez las invitaciones a establecerse en Méjico o en Argentina, países en los que la vida intelectual era más viva, para permanecer en Cuba, en aquella “islita” en la que sentía viva la “vocación de las catacumbas”¹⁴ y que representó para ella “una suerte de patria prenatal”¹⁵:

Como todas las revelaciones, la Aurora se me ha aparecido de muchos modos. En la España de

1937, cuando volví a la guerra ahora ya perdida, fue una Aurora de sangre. En La Habana, para sorprender el alba, me tumbaba a la orilla del mar. Siempre he caminado hacia el alba, no hacia el ocaso; y siempre he sufrido por tantas albas precipitadas en el ocaso¹⁶.

Hay en María Zambrano la consciencia de una mirada que recorre la historia para devolverle su dimensión auroral, casi extrayéndola de la memoria en una suerte de catarsis trágica o de alquimia. En el prólogo que escribió en 1977 para la recopilación de *Senderos* - un escrito contemporáneo a la redacción a *De la Aurora*- esta búsqueda de la trascendencia en la historia es explícita. La recopilación era la respuesta “conmovida” a la petición que le dirigieron algunos jóvenes de volver a publicar los ensayos de juventud, escritos durante la guerra civil, y de volver a sacar a la luz “las trazas de algunos pasos del “entonces” de aquella mi juventud”; un *entonces*, subrayaba, que, para ella, “sigue siendo *todavía*”¹⁷.

La petición la conmovió porque venía de los jóvenes. Y en la inquietud del adolescente “que rompe su angustia con la acción” María Zambrano reconocía un ansia de autenticidad, el “atolondramiento” de quien, creyendo “emerger” como “un sol naciente” en el centro de los tiempos, se ve agredido por el pasado, “por los amorfos materiales que arroja sobre él la historia infernal”¹⁸.

Por esto, en el prólogo a esta recopilación se interroga sobre la experiencia de la historia y sobre la necesidad de rescatar el pasado

⁹ María Zambrano, “Las catacumbas” en *Revista de La Habana*, nº 6, febrero 1943, en *La Cuba secreta y otros ensayos*, ec. de Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996, p. 91.

¹⁰ María Zambrano, “La experiencia de la historia (después de entonces), ed. cit., p. 14.

¹¹ María Zambrano, “El exilio, alba interrumpida” en *Turia*, nº9, 1988.

¹² María Zambrano, *Los bienaventurados*, ed. cit., p. 32.

¹³ María Zambrano, Conferencia inaugural del curso “La otra cara del exilio, la diáspora del 39”, Madrid, 28-31 agosto 1989, publicado en parte en *ABC*, 28 agosto 1989.

¹⁴ María Zambrano, “Las catacumbas”, ed. cit.

¹⁵ María Zambrano, “La Cuba secreta” en *Orígenes*, nº20, 1948, en *ibid.*

¹⁶ Entrevista con Pilar Trena, TVE, “Muy personal”, 1988.

¹⁷ María Zambrano, “La experiencia de la historia (después de entonces)”, ed. cit., p. 13.

¹⁸ *Ibid.*, p. 12.

“de la deformación que llega tan fácilmente hasta lo grotesco”, para restituirlo a su verdad: “a lo que era y más aún a lo que iba a ser”¹⁹. Como si la verdad de la historia, la “historia auténtica” que subyace a la “aparente”, consistiese precisamente en ese “estar por ser”, en esa tensión del presente hacia lo inédito, en una promesa:

Experiencia sólo se puede tener de una historia que desde su origen ha tenido sentido, la verdadera historia -interrumpida siempre hasta ahora, cierto es- en que se deja ver el rostro y la figura (...) incompleta y temblorosa, como un alba, del hombre verdadero. Ese ser que despierta en la inocencia en medio de la historia, que sin él no sería nunca universal, ni tan siquiera visible²⁰.

En contraste con la tendencia a presentar el desengaño como el fruto inevitable de la experiencia, María Zambrano afirmaba que una experiencia de la trascendencia es, por el contrario, posible mediante una conciencia rescatada en la inocencia: “la inocencia es esencial para que la historia se viva en modo transparente, para que un soplo inextinguible de verdad la sostenga”.

Desde los primeros meses del exilio, la urgencia de consumir la tragedia en una *ca-tharsis* renovadora de la conciencia se había encarnado en su reflexión sobre la figura de Antígona. Sólo a través del ejemplo de un ser íntegro que, exponiéndose completamente, “sostiene” la verdad, “y está dispuesto a quemarse con ella”, María Zambrano sentía que podía hacer emerger de la experiencia de la guerra civil la “verdad viviente” de la historia. Antígona, la virgen griega que vela la historia de la ciudad y la rescata con su sacrificio “en

nombre de la ciudad que trasciende”, representaba para ella una “figura de la Aurora de la conciencia”²¹, un arquetipo de la conciencia en la condición de la inocencia. Condición originaria, pero no arcaica, en la que la inocencia es todavía “virtud y poder”²² y la conciencia vive en la piedad, en íntima relación con el alma y, a través de ella, gracias a su misión mediadora, con las cosas: no erigida aún en la afirmación del sujeto, y no restringida aún al andamiaje de un “yo puro”, “cada vez más yo y menos puro”:

Mas lo que el sacrificio de Antígona ofrece es la conciencia, sí. Una conciencia en estado naciente que se desprende del sacrificio de un alma, de un ser más bien, en su integridad (...) la conciencia, en estas “almas vírgenes” no depende de ningún yo. El sujeto es todo el ser que se ha ofrecido más allá de la vida y de la muerte, que ha dado su respuesta única, en un *fiat* (...) La conciencia nacida así es claridad profética que la aurora inexorablemente nos tiende, un humano *speculum justitiae* en que la historia se mira²³.

La claridad evocada en este párrafo dista de la luminosidad solar del racionalismo que aplanan los acontecimientos y “oculta tantas luminosas realidades”. Es una luz auroral, que en su “oscuro palpitar” se parece al “centro oscuro de la llama”, porque, iluminando, deja entrever “la pasión propia de la luz”: “una luz de la que el sujeto *participa haciéndola*, no recibéndola en modo inerte (...) un símbolo, o al menos una imagen de la experiencia que sólo reencendiéndose en una fe inicial llega a darse”²⁴:

Muchas veces he pensado que vivir en España en los primeros momentos de nuestra guerra hubiera sido necesario para las almas mejores, para los enten-

¹⁹ Ibid., p. 11.

²⁰ Ibid., p. 24-25.

²¹ María Zambrano, “La tumba de Antígona” (1967) en *Senderos*, ed. cit., p. 218.

²² María Zambrano, “Delirio de Antígona” en *Orígenes*, 31, 1948, en *María Zambrano. Nacer por sí misma*, ed. de Elena Laurenzi, Madrid, horas y HORAS, 1995.

²³ María Zambrano, “La tumba de Antígona”, ed. cit., 218-219.

²⁴ María Zambrano, “La experiencia de la historia (después de entonces)”, ed. cit., p. 15.

dimientos más sedientos de verdad. A una experiencia así es difícil sustituirla pues echa por tierra muchos conceptos, los rebasa como sucede con toda experiencia creadora, revolucionaria; lo que habíamos pensado apenas nos sirve si no es por contraste. Por eso hay que decir *acto de fe, milagro* con plena responsabilidad²⁵.

Esta fe que no se dirige al dios canónico, sino más bien a lo “divino que se manifiesta en el hombre”, resuena en las páginas de este volumen y se expresa, en particular, en la evocación del mito griego de la Aurora: figura divina, pero no petrificada en una efigie, divinidad que comparte con el ser humano el destino de un ineludible “estar de parto de sí mismo”, de un interminable “ir naciendo”.

La Aurora como guía

Casi como contrapunto a su trayecto biográfico, la filosofía de María Zambrano se desarrolla también a la sombra de la Aurora. María Zambrano proclamaba su ser ajena al idealismo y a los grandes sistemas del espíritu, pero también al pensamiento de la crisis y de la deconstrucción, que consideraba el producto de la deriva de la conciencia occidental, una vez ya que ésta “se vuelve sobre sí” en la angustia de su soledad²⁶. Su pensamiento no podía resolverse tampoco en la filosofía crítica, en el mero ejercicio de la inteligencia que “quema cuanto toca”. Y determinada filosofía pura, como la ética de Spinoza -ese “diamante de pura luz”, que amaba en su “claridad destructora”²⁷- se situaba para ella en una dimensión utópica:

Utópico para mí el escribir este pequeño libro, pues que, siendo irrenunciable en mi vida la

vocación filosófica, era perfectamente utópico el que yo escribiera, y aún explicara, como lo hice, en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, Filosofía.

Entiendo por Utopía la belleza irrenunciable, y aún la espada del destino de un ángel que nos conduce hacia aquello que sabemos imposible, como el autor de estas líneas ha sabido siempre que Filosofía, ella, y no por ser mujer, nunca la podría hacer²⁸.

Sentía que únicamente podría emprender una reflexión filosófica que naciese de la experiencia para hacerse camino de vida, alimento, “sistema circulatorio”²⁹. Una filosofía “mediadora”, por tanto, “alquímica”, que concebía como “transformación de lo sagrado en lo divino, es decir, de lo entrañable, oscuro, apegado, perennemente oscuro, pero que aspira a ser salvado en la luz”³⁰. Pero la luz del pensamiento, cuando se dirige a “descifrar lo que se siente”, no es la luz solar y absoluta de la luminosidad. Es más bien esa luz que tímidamente emerge de la penumbra y que penetra, insinuándose “como una sierpe”, en la oscuridad del sentir.

A la metáfora de la visión y de la luz inteligible que ha dominado el desarrollo de la filosofía en Occidente, definiendo la forma decisiva y fundamental del conocimiento, María Zambrano prefería otra metáfora, que ha permanecido viva en la tradición popular: la de la luz del corazón, la luz “suave” de una llama interior que ilumina el camino³¹.

Su filosofía se desarrolla en una búsqueda en la que pensar y sentir conviven en una “simbiosis viviente”, en una suerte de “danza” que implica al ser humano en todas sus dimen-

²⁵ María Zambrano, “Un testimonio para *Esprit*” (1938) en *Senderos*, ed. cit., p. 56.

²⁶ María Zambrano, *Filosofía y poesía* (1939), Madrid, FCE, 1993, p. 87.

²⁷ María Zambrano, *Delirio y destino* (1957), Madrid, Mondadori, 1989, p. 33.

²⁸ María Zambrano, *Filosofía y poesía*, ed. cit., p. 9.

²⁹ María Zambrano, *Delirio y destino*, ed. cit., p. 94.

³⁰ María Zambrano, “A modo de autobiografía”, ed. cit., p. 72.

³¹ María Zambrano, “La metáfora del corazón” (1948) en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 53.

siones: “la mano (...) el cuerpo (...) la respiración (...) el oído”³².

María Zambrano buscaba una filosofía contaminada por la vida, y se inspiraba en esos géneros de escritura que llegan desde la vida y se dirigen a ella, “misericordiosamente”, para rescatarla de las tinieblas de la falta de sentido: la poesía, la tragedia, la mística, el mito, los textos sagrados. Inevitablemente, pues, la suya es una filosofía “en el límite”.

Yo -confesaba en una entrevista- todavía no he dejado de encontrarme en una situación en la que se me impone la necesidad de elegir: las personas que me amaban, desde siempre, me pedían que eligiese entre la literatura, la filosofía y la política. Pero yo no podía. Desde siempre he tenido una vocación arraigada, profunda. Pero cuál fuese esa vocación, era otra cuestión! La filosofía era para mí irrenunciable, pero todavía más irrenunciable era la vida, el mundo. No podía aislarme de lo que sucedía en el mundo, ni considerarme aparte; no podía estar sola, desvinculada, ni podía limitarme a una única actividad (...) siempre he estado en el límite³³.

De esta elección liminar, *De la Aurora* es el fruto maduro.

Y sin embargo, este texto conserva de la filosofía la vocación más profunda, su sentido último: el ser, o el aspirar a ser, un camino de conocimiento. En uno de sus pasajes fundamentales María Zambrano escribe: “lo que parece evidente (...) es que la Aurora, que no nos ha ofrecido la posibilidad de ser un cono-

cimiento propiamente filosófico, una episteme, nos impone inexorablemente su condición de pertenecer al mundo de lo cognoscible”³⁴, “de los géneros de conocimiento conocidos en occidente, la guía es el que más se acerca al conocimiento del que hablamos”.

A la “guía”, un género literario del que es rica la tradición española³⁴, María Zambrano había dedicado en 1934 el ensayo “La guía, forma del pensamiento”³⁵, reivindicando dignidad filosófica para ésta y otras formas de pensamiento como las confesiones, las meditaciones, los diálogos, las epístolas, las consolaciones etc., oscurecidas en la época moderna por la imposición de la filosofía en su exclusiva forma sistemática. Preocupada por la bifurcación cada vez más profunda e inquietante que se abre entre la existencia concreta de los seres humanos y las verdades de los sistemas científicos y filosóficos “que pueden estar frente a nosotros duras e invulnerables, estériles e impotentes a la vez”³⁶, María Zambrano dirige su atención a formas de escritura en las que se expresa el conocimiento del hombre “real”, “con sus problemas y angustias”: un saber nacido de la experiencia, en el que la razón se ejerce “en su forma medicinal”, que no ha querido reducirse a forma sistemática, “temiendo que ella le arrebatase su virtud más íntima”³⁷.

La sonrisa de la experiencia ante la ciencia - escribía- proviene de la desproporción para ella escandalosa entre la verdad y la vida. Desproporción que hace a veces que la vida atemorizada retroceda y quede sin masa³⁸.

³² María Zambrano, “La respuesta de la filosofía” (1969) en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. Suplementos nº 2, 1987, p. 120.

³³ María Zambrano, “He estado siempre en el límite”, entrevista a Juan Carlos Marset, *ABC*, 23 abril 1989, pp. 70-71.

³⁴ María Zambrano, *De la Aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 25.

³⁴ “¡Curioso! España tan laberíntica ofrece siempre Guías (...) *La guía de perplejos* de Maimónides, la de *pecadores*, del padre Granada y tantos libros clásicos que no tienen ese título, pero que no son otra cosa: el Ideario español de Ganivet, la *Vida de D. Quijote* y *Sancho* de Unamuno, las *Meditaciones del Quijote* de Ortega y *Las moradas* de Santa Teresa”, María Zambrano, *Delirio y destino*, ed. cit., p. 125.

³⁵ En *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit.

³⁶ *Ibid.*, p. 70.

³⁷ *Ibid.*, p. 60.

³⁸ *Ibid.*, p. 71.

Retomando una imagen de Nietzsche, María Zambrano sostenía la urgencia, para la vida, de darse forma en una verdad capaz de contenerla y de orientarla, como el cauce de un río. Y subrayaba que esta función de orientación y de guía no puede ser asumida por la ética o por la ciencia, “demasiado ocupadas en afirmarse a sí mismas”, sino sólo por esas verdades que se legitiman desde la vida misma, verdades que, insinuándose en la vida “la encienden y sacan de sí, haciéndola trascender y poniéndola en tensión”³⁹; verdades irreducibles a un concepto o a una norma, que en las guías se concentran ante todo en una figura: una imagen de lo que querríamos ser, “una visión que abra las puertas del alma, una visión que enamore”⁴⁰.

A treinta años de distancia, esta visión que pone en movimiento la vida enamorándola se focaliza en la imagen de la Aurora. La Aurora se convierte en una guía, una figura que libera un movimiento que tiende a ser seguido:

Desde el primer momento en que se la mira - escribe- nos mira ella a su vez, pidiéndonos, requiriéndonos, el que la miremos como la clave de la fisis, del cosmos, pues, y de este su habitante; que aquel que la mira siguiéndola vaya encontrando a través de ella un “puesto en el cosmos”. Por tanto, exige ella una actitud del hombre acerca de su propio ser, un conocimiento de su lugar que le conduce al encuentro de su propio ser⁴¹.

En esta visión de la Aurora, entendida como “clave” de la *physis*, María Zambrano recoge la intuición que orienta y anima todo su trayecto filosófico. Es esta intuición la que

la había guiado, desde sus primeros escritos, en la búsqueda del “saber del alma”. Frente al humanismo moderno, en el que la intimidad, insolidaria con el sentir y que pierde la relación con las cosas, se convierte en un “angustioso mundo interior”, María Zambrano rescataba en el alma la dimensión cósmica, vinculándose a la tradición órfica y conjugándola con la “nueva revelación” agustiniana del hombre interior como lugar privilegiado en el que habita la verdad: el alma representa entonces “un trozo del cosmos en el hombre”⁴², la “esfera de nuestra intimidad en la que entramos en comunicación con lo otro”. En los años siguientes, la elaboración de la filosofía poética representa un desarrollo de esta intuición, un intento de rescatar la filosofía de su ascetismo constitutivo para volver a acercarla al sentimiento “filial y fraterno” de la caridad que inspira la poesía, expresión de un amor que “no puede decidirse a romper los lazos que unen al hombre a todo lo viviente, compañero de origen y de creación”⁴³.

Al distanciamiento neutro, a la aproximación *descualificadora* y *desubjetivadora*⁴⁴, realizado por la ciencia y confirmado por una filosofía reducida a metodología de la ciencia, María Zambrano contraponía una forma de realismo poético que se sustenta en el enamoramiento, una actitud de la existencia antes que del conocimiento:

Reconocer algo como objeto es detenerse ante ello; quedar hechizado, prendido, darle crédito; quedar, en cierto modo, enamorado⁴⁵.

El ensayo de 1939 dedicado a San Juan de la Cruz señalaba en la poesía mística del

³⁹ Ibid., p. 75.

⁴⁰ Ibid., p. 80.

⁴¹ María Zambrano, *De la Aurora*, ed. cit., p. 25.

⁴² María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 22.

⁴³ María Zambrano, *Filosofía y poesía*, ed. cit., p. 63.

⁴⁴ María Zambrano, “El freudismo, testimonio del hombre actual” en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 108.

⁴⁵ María Zambrano, “La vida en crisis” en *ibid.*, p. 97.

⁴⁵ María Zambrano, “San Juan de la Cruz (De “la noche oscura” a la más clara mística)” en *Senderos*, ed. cit., p. 193.

Cántico espiritual -"en esa maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión"- el camino para la realización de la "perfecta objetividad":

Perfecta objetividad del amor, que lo es también de la poesía, pues el nexo de la mística con la poesía radica aquí precisamente; en que al ser una mística clara lleva aparejada la presencia de su objeto, que se muestra poéticamente. La definición de la poesía podría ser ésta, pues no hay poesía mientras algo no queda en las entrañas dibujado⁴⁶.

La búsqueda de una objetividad fundada en el amor y no en la distancia comporta un giro radical de los papeles sobre los que el pensamiento occidental, desde la filosofía griega, ha estructurado el conocimiento. La mirada pierde su prerrogativa de pertenencia a un sujeto que establece una distancia insuperable entre él y el objeto, para convertirse, por el contrario, en la expresión "más personal y más espiritual" del objeto amado, cuyos ojos, según la expresión del *Cántico espiritual*, quedan "en las entrañas dibujados"⁴⁷. Paralelamente, la interioridad del sujeto cognoscente se ofrece a la visión del otro, se abre como un espacio libre para acoger su mirada: "la interioridad más oscura y profunda no existe sino como el lugar donde queda dibujado por su mirada -por su luz- el objeto"⁴⁸.

Interioridad y exterioridad pierden en este camino de conocimiento la distancia que las separa: en una única trama se tejen la capacidad del ser humano de albergar dentro de sí todas las dimensiones de la propia intimidad y la de acoger lo otro.

Esta oscilación de la atención que, "ávida", se adentra en la realidad, apertura del

alma a cuanto la circunda y, en la misma medida, a cuanto encuentra "dentro de sí", se refleja en *De la Aurora*: la escritura parece emerger de una interioridad que se ofrece totalmente a la revelación, en un gesto que "parece podría anularla, pero que sólo la eleva"⁴⁹. Y, como en la poesía mística de San Juan, en estas páginas parece que se produce el milagro por el que las cosas se dan "en su entera presencia" y "todo está presente con una fragancia como recién salido de manos del creador"⁵⁰.

La búsqueda de un lenguaje filosóficamente inédito -un lenguaje al que las cosas "den su consenso"⁵¹, abierto a la escucha y a la revelación- también se profundiza hasta su disolución en la palabra pura, que por momentos se hace sonido, respiración, modulación, temblor, anhelo.

Y es este milagro de la presencia lo que define la especificidad de este texto y lo hace diferente también de las guías existentes, porque éstas "predefinen el lugar hacia el que se encaminan, mientras aquí es el lugar mismo, es decir la Aurora, el que indica el camino".

La Aurora no es aquí sólo una imagen, un símbolo, una metáfora. Es "ella, precisamente ella": una presencia real que impregna la escritura de sus apariciones, de sus silencios y rumores, de sus matices.

Por eso es difícil hablar de este libro sin experimentar un sentimiento ineludible de inoportunidad: como toda poesía verdadera, puede sólo ofrecerse, reconstruyendo, como mucho, el trayecto que ha conducido a su aparición.

⁴⁶ "¡Oh cristalina fuente/ si en esos tus semblantes plateados / formases de repente/ los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados!", San Juan de la Cruz

⁴⁷ María Zambrano, "San Juan de la Cruz...", ed. cit., 194.

⁴⁸ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 55.

⁴⁹ María Zambrano, "San Juan de la Cruz...", ed. cit., p. 192.

⁵⁰ María Zambrano, "La respuesta de la filosofía", ed. cit., p. 116.

⁵¹ María Zambrano, "La guía, forma del pensamiento" en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p. 69.

Sin embargo, de su guía queda la llamada a un conocimiento que brota de una “mirada sostenida” y de una “atención ineludible, audaz, obstinada, sin miedo”. Un camino que no carece de peligros, subraya María Zambrano, porque esta atención representa una conversión total, una elección vital: “es un modo de esperar que rapta y posee al sujeto en el que anida, como lo hace el amor, y, como el amor mismo, es una escala peligrosa, porque casi siempre es invisible; una escala que debe ser recorrida hasta el final para llegar a la razón”. Una razón que no puede ser formulada, aclarada, explicada o interpretada, sino sólo buscada y revivida, “pues la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no simplemente aprendida. Y la verdad, la que la

vida necesita, sólo es la que en ella renace y revive, la que es capaz de renacer tantas veces como sea necesitada”⁵².

Será la necesidad de cada vida que se abra a este libro la que decida cada vez su suerte. Queda en suspenso la pregunta que brota en una de sus páginas:

Y de este pensamiento nacido del sentir y que de él no se desprende, ¿quedará memoria? ¿O volverá al fondo de su sentir como aquella paloma que se volaba porque aún no había llegado el fin del diluvio? El anuncio incompleto, la incompleta profecía⁵³.

Traducción: Carmen Revilla

Josep Cisquella
Rusted Door, 1999



⁵² María Zambrano, *De la Aurora*, ed. cit., p. 92.